

Pedagogía contra la dualidad



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2014

Finalizado el período Edô/Tokugawa (1603/1868), con la obligada apertura de Japón a un mundo entonces moderno, las Artes Marciales Tradicionales, asentadas hasta ese momento en bases fundamentalmente prácticas, se convertirían en verdaderos caminos filosóficos, eliminando de su impronta aquellos primigenios ancestros teñidos de guerra y dirigiendo sus impulsos hacia el cultivo de la personalidad, el fomento de una perspectiva mental más acusada, amplia y libre y el sostenimiento espiritual de sus estudiantes, apoyándose en la Educación, la Ética y la Estética.

De esta forma, los Budô (de *Bu* –guerra- y *Dô* –camino espiritual), se englobaban en el concepto *Gendai*, o *Artes Marciales Modernas*, pasando a conformarse como nuevos elementos de apoyo en la formación del ciudadano, hasta tal punto que algunas variables de su vasto *curriculum* -Judô, Aikidô, Kyudô, Kendô- engrosarían el conjunto de disciplinas obligatorias del programa educativo del Ministerio de Educación Japonés.

Uno de los puntos culminantes de esta situación fue la creación en 1984 de la *Kokusai Budô Daigaku* -Universidad Internacional de Budô- de Katsuura, en la Prefectura de Chiba, un lugar ahora emblemático para los estudiosos de las Artes Marciales Tradicionales de Japón, donde los jóvenes alumnos investigan a fondo el contexto histórico y filosófico de estas disciplinas, así como los pilares físicos y biomecánicos en los que se asientan estas notables expresiones de su cultura milenaria.

Con el transcurrir de los tiempos y su expansión al resto del mundo, las viejas Artes Marciales (originalmente, Bujutsu) comenzaron a convivir con una situación dual que aún perdura. Por una parte la pervivencia de una postura que sostiene -con denodado esfuerzo- el mantenimiento de principios y valores que han hecho del Budô un sostén para la construcción personal de generaciones de practicantes a lo largo de siglos de andadura histórica y, como contrapartida a este esquema, un panorama menos halagüeño: aquel que se manifiesta en el declive generado por un espectáculo feroz, donde la razón de la fuerza supera al poder de la inteligencia, relegando al olvido la sensibilidad más humana.

Al hilo de esta sensibilidad, el escritor Junichiro Tanizaki se lamentaba en su obra literaria del deterioro que habían sufrido las Artes Tradicionales de su país al irrumpir en ellas el pensamiento occidental -resolutivo, práctico y rentable- con un planteamiento que propugnaba otras direcciones más consumistas para su futuro desarrollo. Esta irrupción tan determinante se manifiesta, ocasionalmente, de forma casi traumática.

El autor de *“El elogio de la sombra”*, defensor de unos valores clásicos capaces de aportar civismo a la sociedad, contribuyendo a hacer más amable la propia existencia dentro de ella, criticaba semejante declive y, sintiéndose impotente frente a la vorágine que se avecinaba, pronosticaba en sus libros y escritos un futuro nada parecido a sus íntimos anhelos.

Por su parte, filósofos y estetas como Nishida Kitaro, Kakuzo Okakura, o Kuki Shuzo, abiertos en su juventud al hecho del aprender, sedientos de las vanguardias filosóficas occidentales, regresaron a sus *“cuarteles de invierno”* en Kyoto después de haber hollado las universidades europeas en los años veinte del pasado siglo, por entender que aquella *“sombra permanente”* que suponía la luz tamizada del *shoji*, era incomprensible e inaceptable en un pensamiento tan racionalizado como aquel promovido por las élites intelectuales de los principales países europeos: Alemania, Francia o Inglaterra.

Al rescate de su propia idiosincrasia cultural, estos pensadores dejaron de vivir en la dualidad, para acercarse más y más profundamente a lo genuino de su propia cultura y, como guardianes de su pensamiento y preservadores de sus tradiciones, dotaron a su país de unos soportes filosóficos capaces de construir una Escuela propia en consonancia con su tradición.

Es por esta visible dualidad casi esquizofrénica que vive el seno del Budô Clásico y el corazón del Bujutsu ancestral que nos encontramos en ocasiones con opiniones banales, comentarios menores y escritos superficiales, firmados por hombres y mujeres de una talla intelectual a veces incluso sobresaliente. Y es en esos casos de animadversión hacia lo que constituye nuestro Arte cuando echamos de menos el abono constante que nosotros, hombres y mujeres de Budô, hemos de hacer de

la Pedagogía: un recurso extraordinario que todos hemos de cultivar, preservar y transmitir.

La Pedagogía, que utiliza la palabra como única herramienta, puede por sí sola diseñar nuestros ideales, exponer nuestros objetivos, explicar nuestra historia y mostrar a otros nuestro presente. Esta es una tarea de explicación nos concierne a todos, estudiantes y profesores de Budô, en cualquiera de los ámbitos en los que podamos actuar: desde el propio dôjô, al abierto Enbu; desde los medios de comunicación, a la conversación amistosa; desde la sencilla publicación, a la literatura más profunda y lograda.

Sí. Educación, Ética y Estética son los verdaderos contrafuertes de las Artes Marciales Tradicionales, situándose muy por encima de los nimios tópicos con los que se nos tilda desde columnas periodísticas, programas de televisión o revistas oportunistas.

También, desde luego, hemos de contar con la palabra escrita: otro contrapeso de uso obligado para hacernos comprender ante la opinión pública. Como Cayo Tito explicara en el Senado de Roma: *“Las palabras vuelan; lo escrito permanece”*.

Yo creo que en este sentido hemos de realizar un trabajo ímprobo pues, haciendo autocrítica, es bien cierto que (salvo honrosas excepciones personales y singulares editoriales competentes) la literatura relacionada con el Budô y el Bujutsu que nos ha acompañado es mejorable y aún necesita tiempo para ser considerada una literatura madura y de altura.

Opino que fomentando esa literatura rigurosa y alimentando una pedagogía cada vez más elevada podremos equilibrar la balanza de esa dualidad en la que vivimos los budokas, facultando en los otros la comprensión de nuestros verdaderos impulsos y esfuerzos y haciéndonos entender más y mejor.

Como en literatura, pintura, cine o teatro, la lucha contra el deterioro del Arte es, en Budô, una lucha sin cuartel y sin tregua.

Kenshinkan dôjô, Agosto 2014